

INFORMACION BIBLIOGRAFICA

Michele Federico Sciacca: IL CHISCIOTISMO TRAGICO DI UNAMUNO ()*

En este libro del ilustre profesor Michele Federico Sciacca hay más de lo que promete el título. Y sobre ese más, que no quiere decir que sea precisamente lo mejor ni lo más importante, sino sencillamente un más de suma o de cantidad, es sobre lo que comienzo por poner al tanto al lector.

De las 272 páginas que tiene el libro, hay unas 70, las que constituyen la segunda parte del mismo, bajo el epígrafe de «otras páginas españolas», que no son materia precisamente del tema general del libro. Sin embargo, yo llamo la atención sobre ellas, porque algunas tocan también, de refilón, el tema dicho, y porque todas se leen con fruición y ofrecen reflexiones y observaciones útiles. Además, el señor Sciacca habla de lo español siempre con simpatía y gran conocimiento de causa, y cualquier escrito suyo, por volandero que sea, merece bien ser recogido al vuelo.

Entre las páginas volanderas aquí recogidas, publicadas en distintas fechas por el autor, puede verse un capítulo dedicado a una interpretación de «La vida es sueño», de Calderón de la Barca; otro al «Caballero vivo de esta Europa que se muere», y un tercero de «escritos varios», miscelánea de artículos críticos debidos a la pluma del autor, casi todos sobre algún tema español.

En la interpretación de «La vida es sueño» piensa Sciacca que no estamos frente a una concepción poético-dramática de la vida transida de escepticismo, al que únicamente se escapa por un acto de fe ciega, sino ante una concepción positivamente antiescéptica, porque ya en el mismo soñar, a que parece reducirse todo el vivir, hay un «positivo» que no es sueño y que impide caer en una solución de la duda puramente pragmático-voluntarista. Sin ese positivo, el drama de Calderón caería del lado del quijotismo unamuniano. Ese «positivo» consiste en que todos los que *saben* que cuantos viven en el mundo sueñan, *saben* que no todo es sueño. Cuando se tiene con-

(*) Marzorati - Editore - Milano, 1971, págs. 272.

ciencia de que la vida es un sueño, ya se está en posesión de una verdad que no es puro sueño, y que permite distinguir el sueño de la vigilia, la ilusión de la realidad. Esta distinción no se confía a la sola experiencia de lo sensible, sino que pertenece al mundo de lo inteligible. Si Segismundo pronuncia que todo en el mundo es sueño y vanidad, es porque se sale, en cierta manera, del mundo mismo; de otra manera, la valoración sería imposible. Para llegar a la conclusión de que toda la vida es sueño y el vivir sólo es soñar, Segismundo ha debido descubrir qué es verdad y qué es realidad, que algo fue verdad en medio de tanta vanidad o apariencia. «Y el hombre que vive sueña lo que es hasta el despertar», esto es, hasta que no abre los ojos a lo que trasciende los sentidos, y los clava en la Verdad eterna. Quien mide el tiempo con el metro de la eternidad, ese vive, siquiera sea soñando, en tensa vigilia espiritual.

Sobre «El caballero vivo de esta Europa que se muere» diré luego unas palabras, enlazándolas con el tema principal del libro. Ahora apunto el contenido de «escritos varios». Aquí se recogen páginas periodísticas, relativas a nuevas «Novelas picarescas», al *Unamuno* de González Caminero, al libro de Hernán Benítez sobre «El drama religioso de Unamuno», al de Calvo Sever: «España sin problema», al de Julián Marías: «La filosofía española actual», y otros articulitos en conexión con temas hispánicos.

Viniendo al tema del *Quijotismo trágico de Unamuno* diré que se trata de un libro claro, transparente y, en lo que cabe, sistematizado, donde el alma de Unamuno queda como radiografiada, con sus claros y sus oscuros, más oscuros que claros. Del alma, natural y profundamente religiosa y religiosamente atormentada de Unamuno, con tormento trágico y, por lo mismo, grande y conmovedor, creo que no debe caber la menor duda. Pero tan grande como su *religiosidad* hay que decir que fue *su falta de fe* y su indisposición personal para aceptar a Dios, un Dios que se afirma con independencia del querer personal de la criatura, que lo necesita para salir de la angustia trágica en que se debate nuestra existencia, no sólo tal y como lo propone la fe católica (de la que Unamuno tenía muy pobre conocimiento a pesar de los elogios que de ella algunas veces hace), sino incluso tal y como lo reclama el discurso racional, que no está precisamente en contradicción con lo que en este punto aparece como una exigencia del corazón o sentimiento humano.

Me contaba uno de los padres dominicos de Salamanca, que conoció a Unamuno y conoció también al famoso místico P. Arintero, con el que Unamuno gustaba de conversar, sobre todo en momentos de su mayor angustia religiosa, me contaba, digo, este padre dominico que hubo una temporada en que el profesor de Salamanca menudeaba

las visitas al convento de San Esteban para dialogar con Arintero sobre temas religiosos. Le escuchaba éste con gran paciencia y trataba de ganarlo para la fe.

Hasta que un día, cansado ya de tanto diálogo sin provecho, porque el pensamiento de Unamuno se resistía a aceptar nada que para su razón no resultase demostrable y evidente, le dijo: «Mire, don Miguel. No perdamos más el tiempo. ¿Sabe lo que le falta a usted para aceptar la fe? Humildad, humildad, humildad. Porque Dios sólo se entrega a los humildes.»

Efectivamente, si hay una cosa de la que menos dé prueba el alma de Unamuno, es de humildad. Fue un Quijote, pero sin los idealismos sanos y humildes del Caballero de la Triste Figura. Lo de Unamuno son más «gestos» que «gesta», diré glosando lo que Sciacca dice a propósito de Don Quijote de la Mancha, en quien la «gesta» es grande y sublime, a pesar de la sencillez y humildad de muchos de sus gestos. En Don Quijote no hay nada del egoísmo orgulloso que caracterizó a don Miguel de Unamuno. Don Quijote lucha por un ideal, el ideal humano y de la Humanidad. Pero lo hace sin gestos altaneros, incurriendo a menudo en ridiculeces. Es sublime bajo las apariencias más humildes, las que hace con la mayor naturalidad y espontáneamente. Pasa por el mundo dando y dándose, mientras que Unamuno piensa con exceso en sí mismo, alardea de su misma angustia y escepticismo. Sueña demasiado con la gloria de una inmortalidad en la memoria de los hombres. Es un adorador de sí mismo, y quiere que todo el mundo viva pendiente de él.

A Unamuno, como a don Quijote, no le petea el positivismo sanchopancesco de tantas almas vulgares y rastreras como andan por el mundo. No son los bienes materiales, no es la utilidad o la eficacia, no es ni siquiera la razón lo que mueve, conmueve y exalta su espíritu, sino las cosas del alma y del corazón, una voluntad resuelta a vivir y sobrevivir, luchando con la angustia y la agonía que son la verdad de la existencia humana. Porque en la conciencia de cada cual está la presencia de la nada que somos y de la muerte a que estamos abocados, y la presencia también de una exigencia de lo Absoluto, que nosotros mismos creamos para salvar nuestra conciencia de la nada. De ahí la contradicción, la angustia y la agonía. Aceptar eso, tener conciencia de que corazón y cabeza van por distinto camino en el hombre, saber afrontar esa «feliz incertidumbre que nos permite vivir» sin confiarnos a racionalismos estúpidos, positivismos groseros o fideísmos fáciles, he ahí la grandeza del hombre que se hace cargo de la tragedia inmensa de su yo.

«Esta conciencia dialéctica, inquieta y trágica tiene su respuesta adecuada en la religión —die Sciacca—, pero Unamuno no sabe en-

trar en el corazón de la experiencia religiosa, se queda a la puerta» (pág. 139). Unamuno no tiene más Dios que a sí mismo. Somos nosotros, piensa, los que creamos a Dios para salvar a la conciencia de la nada. El hombre es idólatra de sí mismo. Es fin para sí mismo y finaliza todo lo demás. Unamuno es el gran idólatra del yo, del suyo, naturalmente, lo primero. No es el hombre para Dios, sino Dios para el hombre. Es el suyo un humanismo absoluto de tipo hegeliano, que humaniza e historifica al mismo Dios.

La filosofía para Unamuno no es una teoría, es una *praxis*. Para él son ideológicos los filósofos que buscan la ciencia por la ciencia o se aquietan con los «porqués» de las cosas. El porqué sólo interesa con vistas al «para qué»; «sólo queremos saber de dónde venimos para mejor averiguar adónde vamos». Por eso «a don Miguel le duelen siempre la inmortalidad y Dios». Sólo por sobrevivir y ser inmortales vale la vida la pena de ser vivida. Y la verdadera batalla por la que se interesó Unamuno no fue ni la social ni la política (aunque en éstas se metiera más de una vez), sino la de sobrevivirse a sí mismo, haciéndose inmortal en la memoria de los demás, ya que la verdadera inmortalidad en Dios, Unamuno, si la presintió, no la entendió ni la supo aceptar con fe ni con razón.

Su quijotismo no consistió en otra cosa que en idealizar el sentimiento trágico de la vida, entrando por el camino de esa feliz incertidumbre que nos permite vivir, sustrayéndonos al vértice de las cosas mundanales para abrazarnos con la tragedia de una existencia abocada a la muerte y, sin embargo, sedienta de inmortalidad. Para apagar esta sed sólo bastaría Dios, y así saben hacerlo muchos fieles y creyentes de corazón limpio y humildes. Pero como Unamuno no supo ser creyente porque no sabía ser humilde, por eso la inmortalidad a que aspiró no fue más que a la de sobrevivir en la memoria de los demás. Es decir, la más ridícula vanidad.

La filosofía de Unamuno no pertenece al mundo de la lógica ni de las ideas, sino de la práctica y del sentimiento. Unamuno no tiene propiamente una ontología, sino una axiología edificada sobre los cimientos de su propio yo, porque él no reconoce la verdad en abstracto, sino sólo *su* verdad, *mi* verdad. Yo creo la verdad y yo creo a Dios. El quijotismo de Unamuno es un pragmatismo o voluntarismo irracional, de inspiración cristiana y, a su manera, místico; pero en él no hay dogmas, ni se aceptan los contenidos de una verdad aceptada por revelación. Por un lado, rechaza la ciencia, que reconoce impotente para resolver los verdaderos problemas de la vida, y por otro se pierde en una religión meramente humana, sin verdades de fe, que se resuelve en una intensa aspiración religiosa, en una in-

quietud desesperada que cae en el vacío y se consume en su propio fuego (pág. 114).

El fideísmo de Unamuno no es de naturaleza teológica, como el Kierkegaard, sino sólo práctico, de inspiración más bien kantiana y, por ende, racionalista. Unamuno no cree; sólo quiere creer. Dios existe porque él quiere que exista, y porque lo necesita para que dé satisfacción a su corazón. «Es cosa de corazón.» En la filosofía quijotesca de Unamuno no hay, pues, lugar para el Dios del Evangelio, el que se encarnó en Cristo, el verdadero Dios vivo (pág. 108).

Pero hay un *positivo* sumamente valioso en la religiosidad profunda del alma de Unamuno, siquiera sea una religiosidad no católica y hasta sin suelo metafísico. Ese positivo lo da su convicción de que, sin la creencia en Dios y el ansia y esperanza de sobrevivir más allá de la muerte, la vida apenas vale la pena de ser vivida, y la de que el vacío religioso en el hombre y en la sociedad no puede ser llenado ni por el cientismo ni el progresismo, ni por una civilización de tipo técnico, a caballo del humanismo marxista.

Y es esto lo que conviene recordar a muchos jóvenes encandilados hoy con Unamuno, con su «talante» crítico, rebelde y adogmático, pero que pasan por alto su rechifla del ateísmo, la imbecilidad de que tilda a quienes creen que todo acaba con la muerte o todo se puede arreglar en el mundo con dinero y técnica. El progresismo de Unamuno tiene muy poco que ver con la manía progresista de ahora, o a la «moda». Nuestros progresistas deben saber que lo más sustantivo del «quijotismo trágico» de Unamuno consiste en su desesperada lucha por la inmortalidad personal y la consecución de una salvación que sólo viene de Dios; y que nada dista más del alma naturalmente religiosa de Unamuno que el espíritu laico, positivista o sanchopancista de nuestra civilización racionalista y cientista.

A Unamuno los argumentos de los ateos le parecen infinitamente más fútiles que los de los teístas. Su mal estuvo en este punto en carecer de una auténtica metafísica y en no tener humildad para merecer la fe. El no admite otra fe que la del corazón. Y se atreve a traer a su favor un dicho de Santa Teresa, la que estaba dispuesta a morir mil muertes por uno cualquiera de los dogmas de la fe católica.

De donde resulta que Unamuno, «carente de la fe de Teresa, se queda con la quijotesca: privado de juicio y no por el fuego de amor que abrasaba a los Apóstoles. El canónigo podría objetarle que, si no consuela la verdad lógica, todavía es mucho más desconsoladora una fe sin fundamento racional ni teológico, que se afirma caprichosamente» (pág. 109). A Unamuno le falta la fe del creyente y la verdad del filósofo. Contra Meyer, opina acertadamente Sciacca,

INFORMACION BIBLIOGRAFICA

hay que decir que Unamuno tiene una filosofía, pero sin lógica ni ontología. «Su experiencia del ser es puramente existencial y, por eso, no sabe ir más allá de la simple descripción fenomenológica de la persona, más aún del hombre que es Unamuno. Los conflictos que atribuye al ser no son sino conflictos psicológicos transferidos al plano del ser mismo y, por eso, no tienen alcance ontológico aunque estén ontologizados; su dialéctica no es dialéctica» (pág. 236).

En fin, el libro de Michele Federico Sciacca nos da maravillosamente la dimensión exacta del «quijotismo trágico de Unamuno», descubriéndonos la veta valiosa del humanismo «agónico» que encierran, desde el punto de vista religioso, pero también haciéndonos ver lo vago e inconsistente, tanto a la luz de la revelación como de la razón o filosofía, de ese quijotismo trágico que sería una tragedia que aceptaríamos para llenar el vacío religioso de esta sociedad de técnica y de consumo. Pero lo que tiene de aprovechable lo puede el lector recoger con mucho provecho en la obra de Sciacca, que tiene tanto de testimonio humano como filosófico. Lo aprovechable sería reverdecer el espíritu del auténtico Don Quijote, «el caballero vivo de esta Europa que se muere».

B. MONSEGÚ, C. P.